

STUART PALMER

Pobre Payaso



La novela policial se ha desarrollado intensamente en los países de habla inglesa. Los Estados Unidos pueden ostentar con orgullo un grupo, bastante numeroso ya, de autores que dominan dicha rama literaria: Ellery Queen, Rex Stout, Dashiell Hammett, Alice Osory, William Irish, etcétera. Entre esta pléyade destaca con luz propia Stuart Palmer, que desde hace cerca de dos décadas viene ofreciéndonos frecuentes testimonios de su habilidad y maestría para manejar los recursos de tan difícil género.

Stuart Palmer, cuyas novelas anteriores le habían ganado un numeroso público, desarrolla en «Pobre payaso» una trama con todo el mágico sabor del mundo del circo, que seguramente deleitará a sus admiradores y le ganará muchos nuevos.

CAPÍTULO I

Sobre el suelo ensangrentado de la alcoba miro el cadáver con el pelo húmedo y advierto el sitio donde lo hirió la pistola.

WALT WHITMAN.

Aquel cuarteto heterogéneo de gentes que vestían lujosos trajes de noche, llegó tarde a la fiesta para encontrarse con que no había fiesta alguna. No se veía luz a través del cristal colocado en la parte superior de la puerta y nadie, tampoco, respondió a la llamada del timbre. Golpearon repetidas veces sobre la puerta al mismo tiempo que con acento interrogante pronunciaban el nombre de Mac; pero acabaron por cansarse y se fueron a otra parte para tomar unos tragos. Suavemente, surgió de nuevo el silencio.

Por la única ventana abierta del departamento, que era espacioso y estaba muy bien amueblado, entró un enorme gato negro y se estiró con indolencia. Aunque se llamaba "Satanás", nunca había respondido ni a éste, ni a ningún otro nombre; tan sólo atendía al ruido que hacía la puerta del refrigerador al abrirse o al olor de la comida. Caminó confiadamente entre la profunda obscuridad que reinaba en la sala, describió una amplia curva alrededor del hombre muerto, que yacía con los brazos flexionados en el centro de la alfombra, y se detuvo para hacer un movimiento silencioso de repulsión ante algo extraño y sucio que había en el suelo. Siguió avanzando y saltó sin esfuerzo encima del bar portátil que alguien había preparado para la fiesta que nunca se dio. Allí, sin el menor escrúpulo de conciencia, saboreó algunos frutos prohibidos: dos salchichas y el relleno

de un emparedado, aunque este último tuvo que escupirlo cuando se dio cuenta de que eran anchoas sumamente saladas; luego, de un golpe hábil, lanzó una aceituna rellena fuera del plato, y, semejante a un jugador de polo, la hizo rodar sobre el suelo, de un extremo a otro del salón. Por último, la lanzó hacia el comedor y de allí a la cocina, donde se hizo un ovillo debajo de la estufa, y sosteniendo firmemente entre las patas la aporreada aceituna, se echó a dormir tranquilamente.

Howard Rook vivía al extremo del conjunto de arrabales llamado Los Santelos. A la mañana siguiente, a eso de las nueve, lo despertó bruscamente alguien que llamaba enérgicamente a su puerta. Bostezó, se puso una bata de lana muy usada, y con paso cansado se dispuso a abrir, en tanto que buscaba en su mente alguna nueva excusa con que engañar a la casera. Sólo que aquella vez no era ella, sino un hombre joven y vigoroso, de pelo claro, vestido severamente. En el hueco de la mano llevaba una placa, e imitaba lo mejor que podía al heroico policía de un conocido programa de televisión.

—Soy el sargento Jason, de la oficina de detectives.

Como era evidente que tenía toda la intención de entrar, Howie Rook dijo con aire resignado:

—Pase, pase. ¿Jason, dijo usted? Bueno; yo no he conseguido, como usted, el vellocino de oro.

—¿Qué? —interrogó Jason—. Señor Rook: usted va a ir conmigo a la ciudad.

—¿Yo, yo?

Rook se resistía sin entereza, pero tampoco con desgana, ya que sospechaba que querían arrestarlo y no era aquella la primera vez. No obstante, insistió con firmeza en que se le diera tiempo de vestirse, rasurarse y tomar el desayuno, consistente en galletas y salchichón de hígado, el cual hacía pasar con copiosos tragos de cerveza oscura. Pero no por ello dejaba de hablar, y lo hacía en su forma característica. El celoso detective, que esperaba paciente-

mente a la puerta de la habitación, tenía la sensación de haber caído en una trampa en la que hubiera un oso adiestrado con el cual se veía obligado a luchar.

El hombre, de más edad, era rubicundo, cincuentón, de pelo hirsuto, y parecía muy contento de tener quién lo escuchara. Agitaba un puñado de recortes de periódico amarillentos, muchos otros habían caído alrededor de sus pies como hojas secas en torno de un roble nudoso, y otros más se derramaban de los archivadores, formados con cajas de zapatos, que cubrían completamente uno de los muros de la habitación.

—Por lo que se refiere a las huellas digitales —argüía Howie Rook—, indudablemente que cuando usted estuvo en la academia de Policía lo atiborraron con la llamada ciencia dactiloscópica; aquello de que no hay dos huellas digitales iguales en el mundo, y pamplinas semejantes, ¿no es así?

—Pero eso es básico... —protestó Jason.

—Entonces oiga esto; es de la "Estrella de Minneapolis" del 18 de noviembre de 1943: "¡Hermanas gemelas que resultaron tener huellas digitales idénticas!".

El sargento Jason enrojeció ligeramente y comenzó a decir que recordaba aquel relato periodístico, "el cual, más tarde, habían demostrado que era falso".

—Claro, claro —interrumpió Rook—; diferencias muy pequeñas en los poros o algo así, y todo eso ampliado. "Tenía" que resultar falso el relato, porque era contrario al fetiche que han entronizado en lugar del sentido común que debe regir el trabajo de investigación. Y todos ustedes se tragan el dogma sin hacer preguntas, del mismo modo que sus mayores aceptaban las necias teorías de Lombroso: ¡los criminales debían tener el lóbulo de la oreja en cierta forma, o la nariz de tipo peculiar, o algo! Fíjese en lo que le digo: en las dos últimas décadas, la criminología ha ido hacia el fracaso, destruyéndose a sí misma con la falacia evidente de intentar atacar el problema de la maldad humana,

como si fuera algo matemático o sujeto a predicción, en vez de la natural inclinación al mal. No se resuelven crímenes en un laboratorio. En cuanto a la balística...

—¡Señor Rook! —interrumpió el joven detective casi con desesperación—: todo esto es muy interesante y apuesto a que usted mismo no cree ni la mitad de lo que está diciendo. Pero estoy aquí cumpliendo un deber; lo necesitan en la ciudad y tengo órdenes de llevarlo allá.

Rook suspiró. Sus ojos azul claro, ligeramente opacos, miraban cautelosos, pero al mismo tiempo con malicia.

—Así que vamos de nuevo, ¿eh? Vaya, joven; ¿de qué se trata esta vez, eh? ¿Sospechan que cultivo plantas de marihuana en una maceta o que he estado apagando las luces de la calle con un cañón, o qué?

El joven Jason parecía un poco confuso.

—No sé de qué se trata. Pero le ruego que se ponga inmediatamente su sombrero y su abrigo...

Se escuchó un bufido.

—No es más que un chisme, un rumor. Los policías encargados de vigilar esta parte de la ciudad tienen la consigna de arrestarme, con uno u otro pretexto; así ha sido durante años. De ese modo, los torpes dirigentes, que pasan la mayor parte del tiempo jugando a las cartas en la jefatura, se desquitan conmigo porque atraigo la atención del público hacia sus errores por medio de las cartas abiertas que envío a los periódicos. ¿Ha leído usted, por casualidad, alguna de mis diatribas? Y también lo hacen para impresionar a los tontos. Se sabe que tengo medios para destruir algunas de sus más caras ilusiones, probando mis puntos de vista con los recortes que guardo. Así es que vaya sin perder tiempo y diga a esos jugadores que por esta vez no ha resultado. El detective Jason movió la cabeza con obstinación.

—Lo siento, señor Rook. No sé con precisión de qué se trata; pero tengo que llevarlo allá ahora mismo.

—Pero, ¿por qué?

—Me figuro que eso lo averiguará usted cuando llegue a Wall Street. No voy a arrestarlo; va a ir conmigo voluntariamente, ¿sabe?

—¡Voluntariamente! ¡Eso veo!

En tanto que refunfuñaba, iracundo, Rook terminó de beber la cerveza, se levantó del sillón, y después de haberse cubierto con un abrigo muy usado se encasquetó un sombrero de fieltro maltratado. Salió con paso vacilante y bajó las escaleras; el joven detective iba pisándole los talones. Afuera estaba un "Ford" de cuatro puertas, blanco y negro, con la insignia de la Policía pintada a un lado y un hombre uniformado frente al volante.

—De vuelta a Wall Street —ordenó Jason en cuanto hubieron entrado.

—Y como iba diciendo —continuó Howie Rook con animación—, por lo que se refiere a la balística: hasta los niños de escuela saben actualmente que Sacco y Vanzetti eran inocentes de la muerte de aquel contador, ocurrida en los suburbios de Boston. Pero la prueba balística que los condenó erróneamente figura en una publicación oficial...

—Ve un poco más de prisa —ordenó Jason al que guiaba el automóvil, que obedeció.

—¿Y por lo que respecta al polígrafo, llamado detector de mentiras? Más de una docena de veces, la corte ha rechazado sus resultados, ya que no son concluyentes y pueden alterarse con facilidad; además, puede decirse que entrañan autoacusación y violan los derechos individuales. Lo mismo sucede con las drogas, como el pentotal sódico, que se supone sirven para obligar a decir la verdad, y no es así. Puedo mostrarle docenas de informaciones que prueban lo que digo...

—¡Haz funcionar la sirena! —ordenó el sargento Jason en el colmo de la desesperación.

Así llegaron, a toda carrera, al centro de la ciudad, sumergidos en su propio ruido, que era semejante al chillido de miles de cerdos atrapados debajo de alguna reja.

—Y la Policía depende cada vez más de los micrófonos escondidos, alambres transmisores, grabadores de bolsillo estilo Dick Tracy y todas esas baratijas.

Howie Rook continuaba hablando cuando abandonaron el automóvil de la Policía y subieron la escalinata de piedra, sombreada por una de las estatuas modernistas más horrosas de la historia: se suponía que representaba al policía protegiendo a la familia americana; pero a Rook le parecía el hombre de hojalata de “El Mago de Oz” en tamaño gigante. Cuando se dirigían al segundo piso, saludó amistosamente a varios detectives jóvenes, a quienes en otro tiempo había puesto en su lugar y que, evidentemente, no se hacían ilusiones con respecto al futuro, por lo que se limitaron a eludir el encuentro.

Rook vivía entregado a la afición de coleccionar recortes que probaran las fallas policiacas; y aunque a veces llegara a extremos ridículos, se había dado el caso de que los acontecimientos siguientes le dieran la razón.

Jason lo condujo, a través del vestíbulo, hasta la antecámara de la oficina de Parkman, el jefe de la Policía. Allí lo dejó, con mal disimulado alivio. En aquel momento se encontraban en la pieza: detrás del escritorio, un veterano aburrido que vestía uniforme, y dos visitantes femeninos. Una de ellas tenía tipo de cortesana elegante; era una adorable y llamativa rubia platinada envuelta en un abrigo de “mink” azul. Su belleza hacía estremecer y se notaba que había puesto empeño en lograrlo; aunque pasaba de los treinta, tenía muy buen aspecto. Estaba sentada, pero se advertía que se encontraba nerviosa, porque no cesaba de golpear con las uñas sobre el brazo del sofá. La otra, que parecía encontrarse a sus anchas en aquella habitación, era una jovencita bonita y rechoncha, con el labio inferior contraído. Rook pensaba, al observarla, que llegaría a ser bonita si eliminaba aquella gordura infantil. Aunque había enviudado hacía muchos años, miraba todavía con admiración al sexo

opuesto; pero, lo mismo que un niño pequeño en una tienda de juguetes, no quería tocar; sólo entraba para ver.

Como estaba resignado a una larga espera, reunió algunas revistas atrasadas que encontró por allí y se dejó caer en un sillón; pero el hombre uniformado que estaba detrás del escritorio se dirigió repentinamente hacia él.

—Si usted se apellida Rook, entre inmediatamente.

Howie Rook dejó a un lado las revistas y entró al despacho del jefe de Policía de Los Santelos, preguntándose qué diablos habría en todo aquello. Hacía años que había una vieja enemistad entre él y los muchachos de la oficina de detectives; pero esta vez era otra cosa. Rook sabía muy bien que el jefe Parkman era un policía competente e incapaz de perder el tiempo.

El jefe tenía tipo irlandés y usaba anteojos. Un aficionado a las bromas hubiera dicho alguna acerca de su exceso de peso. Aquel hombre corpulento se levantó con viveza del asiento que ocupaba frente a su enorme escritorio de caoba y se inclinó sobre él para dar un apretón de manos a Rook. Le señaló una amplia silla de cuero y le ofreció un cigarro. Pero como a Rook le gustaba fumar en pipa, declinó el ofrecimiento y se sentó.

—¿Trata usted a todos sus detenidos en esta forma tan amable?

—Nada de eso Howie. Pero me complace mucho que haya venido.

Desde la época en que era periodista. Rook sabía que el jefe Parkman adoptaba en ciertas situaciones un aire de camaradería.

—Según eso, ¿pude haber dicho que no?

—Mm; bueno... —Parkman sonreía—. Iré directamente al asunto. ¿Está usted muy ocupado ahora, Howie?

—Como cualquier viejo periodista retirado. Estoy escribiendo un libro.

—¿Y cuál va a ser el título? ¿"Cincuenta mil policías pueden estar equivocados"?

—Gracias —dijo Rook—. No está mal; lo tendré en cuenta.

—He visto también que sigue usted publicando cartas en los periódicos. Ha desarmado el departamento de Policía pieza por pieza; pero tal vez nos haga bien un poco de crítica honrada.

El jefe jugaba distraídamente con una plegadera.

—Bueno —dijo secamente Rook—; me imagino que no me ha hecho traer hasta aquí solamente para decirme que se ha convertido en uno de mis admiradores.

—No, no precisamente. No sé bien cómo plantearle el asunto: desde que usted se retiró del periodismo se ha dedicado a analizar el crimen en forma extraoficial; cuando menos, en sus cartas a la prensa ha señalado una o dos veces las fallas de nuestros muchachos, y siempre que puede habla de ello. ¿Por qué no nos concede una tregua temporal y nos ayuda en algo?

A Rook casi se le cayó de las manos su pipa favorita.

—¿Qué?

—Usted nos ha molestado mucho...

—¿Y a mí no me han molestado mucho, también? ¿Recuerda aquella vez en que casi tuve que pasar una noche en la cárcel de Washington Heights, acusado de dedicarme a la corrupción de menores, y todo lo que había hecho era tener en mi cuarto a Tootsie, un periquito que un amigo me diera a guardar? No, jefe; yo no soy un sabueso, sino simplemente un observador objetivo. Además, no me llevo bien con sus muchachos de la oficina de detectives; creo que no les diría ni la hora exacta, aunque me la pidieran de rodillas.

—Nadie le pide nada de rodillas, Howie. La idea de llamarlo no salió de la oficina, sino que fue mía —el jefe hizo una pausa—. Si quiere saberlo, la sugestión partió del oficial mayor, seguramente porque se lo pidió alguien que tiene influencias. Escuche, Howie: tenemos entre las manos una muerte misteriosa.

Rook hizo un guiño con los ojos.

—Pero ¿quién se enteró? Durante la semana pasada no hubo asesinatos, cosa extraña en esta ciudad.

—Se trata de la muerte de James McFarley.

—Pero... ¡pero dijeron que fue suicidio!

—Fue suicidio, lo sé. Pero con algunos aspectos extrañamente misteriosos. ¿Usted le conocía, Howie?

—Socialmente, no. Hay una gran distancia entre la posición que él tenía y la mía. Pero como cualquier otro ciudadano preeminente, tenía una ficha en la biblioteca pública y puedo recordar algo...

Rook cerró los ojos para concentrarse mejor.

—Tenía más o menos cincuenta y cinco años. Abogado retirado, una vez fue ayudante del fiscal del distrito; pero el grueso de su fortuna lo hizo especulando con propiedades en Valley durante la época de bonanza que hubo después de la guerra. Era aficionado a escribir sobre psicología; me parece que hasta publicó un libro sobre ese tema, cuya edición probablemente costó él mismo. Su esposa se llama Mavis; se separó legalmente de él hace como nueve meses; creo que el juicio de divorcio está pendiente aún. Ella fue corista, bailarina, modelo; el tipo de mujer que...

—¡Chsst! —advirtió Parkman rápidamente—. Ella está en la antesala. Pronto la haré entrar para que hable con nosotros; en cuanto le haya dado a usted un informe rápido. Es ella quien ha gestionado ante el comisario que el caso se siga investigando y, de paso, traer a usted aquí.

—Hubiera preferido seguir disfrutando mi sueño —comentó Howie Rook—; pero, naturalmente, agradezco el cumplido, aunque todavía no veo qué puedo hacer yo que sus hombres no hayan hecho ya. Fuera de broma, creo que son tan buenos como los policías de cualquier otra ciudad americana, aunque trabajen con tanto apego a los libros.

—Escuche lo que me falta por decirle, Howie. Después, usted decide.

Rook se encogió de hombros.

—Bueno; empezaré por preguntar: ¿cuántos enemigos conocidos tenía McFarley?

—Ninguno, que nosotros sepamos.

—Desde luego, sin contar a la esposa o ex esposa, quien, de acuerdo con sus dogmas policíacos, automáticamente resulta sospechosa.

Parkman movió la cabeza.

—Ella tiene coartada y nada gana con su muerte. Además, si por cualquier razón lo hubiera matado no andaría removiendo cielo y tierra para que se investigara la muerte a fondo, ¿no es así? Seguramente que se trata de un suicidio.

—Bueno; entonces, ¿quién se beneficia con la muerte?

—El estado, ya que sus propiedades están valuadas en cerca de cuatrocientos mil dólares. Pasarían en seguida a una hija que tuvo McFarley en un matrimonio anterior, y que desde hace meses no vivía con él; lo dejó para vivir su vida o cosa así.

—¿Coartada?

—Ninguna, tampoco; pero como usted sabe, a veces esa es la mejor coartada. Los criminales astutos siempre tienen una; los inocentes, rara vez. ¿En dónde estaba usted el miércoles pasado por la noche?

—Creo que..., en casa, leyendo —admitió Rook—; pero no puedo probarlo.

—Ya ve usted. Pero le prometí un informe. Ayer por la mañana, a eso de las nueve, la mujer que hacía la limpieza en el departamento de McFarley no pudo entrar para arreglarlo. Sospechó que algo andaba mal, ya que sabía que él estaba en casa, puesto que había visto su "Cadillac" estacionado en la calle. Llamó al portero, quien también había notado que el automóvil tenía un aviso por estacionamiento nocturno, debajo del limpiador del parabrisas. El edificio, cuyo propietario era McFarley, tiene su propio estacionamiento y él acostumbraba guardar allí su automóvil cuando llegaba por las noches.

—¡Así que durante la noche no estuvo allí!

—O tal vez pensaba hacer otra cosa y no le importaban los avisos. La sirvienta y el portero rompieron la puerta... y lo encontraron sobre el suelo del salón. ¡Así!

De una carpeta que había en su escritorio, Parkman sacó una fotografía y se la alargó silenciosamente a Howie Rook, quien la tomó, y después de haberla mirado abrió la boca en señal de asombro.

—¿Qué payasada es esta?

—Yo quisiera que fuera eso, Howie. Odio esas cosas extravagantes, tanto como atraen a los reporteros y a los que escriben sobre crímenes reales.

—Es el modo que tienen de ganarse la vida —comentó Rook en tono de disculpa.

—Este aspecto del asunto lo desconocen los periódicos, y lo mantendremos oculto hasta donde podamos. Pero más tarde o más temprano tendrá que saberse. Sin embargo, ¡nunca sucede una cosa así!

—No todos los días —murmuró Rook.

El brillo de la luz del magnesio había impreso una fotografía brutal y escalofriante. La cámara había captado al sujeto de frente y muy cerca: se veía un hombre corpulento que usaba "smocking" y corbata negra, acostado boca arriba sobre la alfombra; sobre la pechera almidonada tenía un agujero negro, pequeño, y un hilo delgado de algo que debía de ser sangre. Pero en aquel momento. Rook no prestaba interés a la herida porque el hombre muerto tenía una peluca revuelta y alborotada y debajo de ella la cara estaba completamente desfigurada: embadurnada desde la frente hasta el cuello con una capa gruesa de pintura blanca, y encima de ella, la mueca de una sonrisa tonta dibujada con pintura oscura, la nariz rojiza y abultada y las cejas ridículamente arqueadas del clásico payaso de circo. ¡Era el rostro tradicional del payaso desde que existe el circo!

—Es decir, que éste es McFarley. —Howie Rook parecía un poco incrédulo—. Pero, ¿por qué?

Parkman se encogió de hombros.

—Puesto que le gustan tanto los acertijos, aquí tiene uno. Parece que el hombre murió en su departamento a consecuencia de un balazo, alrededor de las once de la noche del último miércoles, o sea, anteayer. El dictamen del médico forense sobre la herida está de acuerdo con la teoría de suicidio. Todas las ventanas estaban cerradas con pasadores, con excepción de una, la que suponemos había dejado ligeramente abierta para que pudiera entrar y salir el gato. Hay una cornisa de seis pulgadas de ancho que nadie absolutamente podría atravesar, de no ser un gato o un hombre mosca; el departamento ocupa el quinto y último piso de un edificio, y la acera que lo rodea es de cemento. El lugar no se presta para jugar al escondite; la calle es muy transitada, y cualquiera que hubiera pasado por ella habría notado alguna cosa extraña en el exterior de la ventana. Sobre la puerta del vestíbulo hay un montante angosto; pero solamente se abre diez o doce pulgadas y apenas si un mono podría haberse deslizado por allí. ¡Todas las puertas, tanto del frente como de la parte posterior, estaban cerradas por dentro con pasador!

Howie Rook aguzó el oído.

—Esos misterios a puerta cerrada sólo suceden en la ficción y cuando los escribe John Dickson Carr. Pero yo puedo enseñarle algunos recortes...

—Ya lo creo que puede —interrumpió rápidamente el jefe Parkman—; pero déjeme continuar. A la derecha del cuerpo estaba tirada la pistola, que es una de esas pequeñas y desagradables "beretta" italianas. No estaba registrada a nombre de McFarley ni de nadie, hasta donde hemos podido averiguar. Quizá sea un recuerdo de la guerra. Pero reconozco que no había ningún recado explicando el suicidio y que, además, no hay motivo conocido para éste. Ahí está el problema.

—Hay muchos casos comprobados —replicó Rook— en los que los suicidas no se preocupan por dejar un recado.

Creo recordar que la proporción es de un cuarenta y cinco por ciento. Y ese matrimonio fracasado, ¿no podría ser un motivo para el suicidio?

—Si hemos de creer a Mavis McFarley, el matrimonio no estaba completamente deshecho. Ella se lo explicará gustosa en cuanto yo le permita entrar aquí. Por lo pronto, mire esto.

El jefe le mostró otra fotografía tomada desde más lejos, en la cual se veía la mayor parte de la habitación donde yacía el hombre muerto. Parkman la estudió cuidadosamente. Además del cadáver extendido en primer término, había un bar portátil, grande, sobre el cual se veían: un recipiente para cubitos de hielo, numerosos sifones y botellas de todas clases; media docena de vasos para bebidas, decorados con peces y pájaros, y varios platos llenos de entremeses y emparedados.

—Por lo que aquí se ve —dijo Parkman—, McFarley esperaba invitados cuando murió. En ninguna parte hay señales de lucha, con excepción, quizá, de una silla endeble que aparece derribada y la cual él pudo haber tirado cuando cayó agonizante...

—Dice usted que esperaba invitados —interrumpió tranquilamente Rook—. ¿Con ese arreglo grotesco?

—Ya han sugerido que quería dramatizar su suicidio; probablemente sufría cierta clase de complejo de payaso, o algo así. Quizá había decidido morir como payaso, y como tal, le hacía falta auditorio. Por lo tanto, invitó a sus amigos y ya tenía preparadas las bebidas para brindar con ellos por la despedida. Solamente que se olvidó de abrir la puerta antes de disparar sobre sí mismo.

—Usted no cree eso —dijo Howie Rook con firmeza—. Cualquiera que se tomara todas esas molestias no olvidaría quitar el pasador de la puerta. Y admitiendo que un hombre se dedicara a preparar bebidas en un momento así, difícilmente llegaría al extremo de preparar entremeses.